

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1587

Valores y giros a A. Bazzara

Doctrina y acción

El movimiento revolucionario internacional ha sufrido un hondo golpe. Nosotros no juzgamos el fracaso de los partidos y de las organizaciones obreras que representaban la más bella esperanza para el proletariado, por los que nos ofrecían como elemento orgánico capaz de llevar a cabo un acto de fuerza y que sin embargo no pudieron resistir los primeros embates de la reacción. Nos interesa principalmente la faz moral de la cuestión: el motivo doctrinario, espiritual e intelectual, que nos ofrece el derrumbe de todas esas fuerzas organizadas para la lucha contra el privilegio y la autoridad.

Las "experiencias" de los últimos años han provocado en el movimiento revolucionario internacional dos fenómenos de diverso origen psicológico. Mientras la mayoría de los hombres de vanguardia — militantes en partidos políticos, en sindicatos de clase y en grupos ideológicos — recogiendo del ambiente todos los descontentos, todos los odios y todas las protestas colectivas buscaron en la violencia sistematizada y erigida en principio y fin de toda revolución el medio de salir del círculo vicioso creado por la guerra, una minoría de hombres no contagiados con el morbo autoritario se vieron obligados a reaccionar contra esa insania de los histéricos empeñados en convertir en doctrina lo que sólo es fruto del desequilibrio y la locura...

No debemos empecinarnos en negar esa dolorosa realidad. El anarquismo no pudo librarse del contagio de todas las violencias desatadas sobre el mundo por los gestores de la gran matanza. Y hasta fué "una ilusión anarquista" el confiar a la debacle europea el próximo triunfo de ideas sociales que habían recibido un rudo golpe al producirse el choque de las dos potencias capitalistas encargadas de mantener la "paz armada" y el equilibrio universal.

Deber nuestro es estudiar el origen del fracaso de la tantas veces anunciada y esperada revolución. Pero antes debemos definir nuestra posición espiritual frente a los que confían demasiado en el triunfo de la fuerza bruta y a los que ya no creen ni en el futuro revolucionario. De la experiencia de los últimos años, tan pródigos en contradictorios acontecimientos, ¿qué conclusiones podemos sacar los anarquistas? He ahí el doble fenómeno psicológico de que hemos hablado más arriba.

El movimiento anarquista ha sufrido una dislocación. Como todo el movimiento revolucionario, tiene un problema interno: su crisis ideológica.

Y debemos encontrar la explicación del conflicto planteado por esa crisis estudiando las diversas influencias políticas y económicas que, después de un largo proceso de asimilación, tomaron cuerpo en el espíritu de los militantes y provocaron la consiguiente disparidad de criterios. — Y excluimos a los que, ganados por el ilusionismo revolucionario e incapaces de reaccionar contra la influencia autoritaria del bolche-

cer asentados en bases inconvencionales. Y esa laguna es la que provoca las frecuentes crisis en el movimiento obrero internacional, dejando a los trabajadores a merced de toda clase de políticos oportunistas y malogrando los más bellos y promisoros esfuerzos de las minorías activas.

No hemos podido los anarquistas, en líneas generales, conciliar la doctrina con la acción. Frente a un hecho de naturaleza desconocida, vaci-

do de la doctrina, lejos de acentuar las actividades revolucionarias del anarquismo, malogra su acción destructiva — y también creadora de un nuevo concepto moral de la vida —, terminando por anular toda su influencia en el movimiento revolucionario y por confundir a los anarquistas con la plara de cerdos que revuelven en las carroñas de putrefactos cadáveres sociales...

No podemos considerar el fracaso de la revolución social — abortada por exceso de violencia y por carencia de idealismo —, teniendo en cuenta una cuestión puramente orgánica y cuyo sentido es la fuerza armada y militarizada del proletariado. El fracaso corresponde, precisamente, a los sistemas militaristas — políticos y sindicales — improvisados por el socialismo para hacer frente a la burguesía y suplantarla en la dirección del Estado. Y la clase trabajadora ha hecho suya la causa de la contrarrevolución — bolchevique, socialdemócrata o fascista —, porque fué incapaz de librarse de la herencia esclavista y despojar su espíritu de los prejuicios autoritarios.

El ejercicio de la violencia como sistema conduce a la dictadura. Puede ser esa la consecuencia subversiva deseada por los anarquistas? De ninguna manera. Pero es necesario llegar a una conclusión que armonice nuestro pensamiento con las actividades que, como elementos de orientación en el movimiento obrero, desarrollamos en las diversas fases de la lucha contra el capitalismo y el Estado. Y únicamente así nos reconciliaremos con nosotros mismos.

De esa posición táctica depende todo el proceso del movimiento revolucionario que salga de la dolorosa experiencia del actual fracaso. Si los anarquistas no logran erigirse un medio propio de influencia, si no substraen a una parte del proletariado a la funesta orientación de las diversas tendencias marxistas, si el fascismo y el bolcheviquismo se polarizan y forman el bloque de la reacción sin contar con nuestra decidida resistencia, ¿qué perspectivas podemos ofrecer a los trabajadores tiranizados y agobiados bajo el peso de las nuevas castas dictatoriales? Empeñarse en sostener el viejo tinglado del sindicalismo neutro, cifrar en la fuerza militarizada del proletariado, el éxito de la próxima revolución; pregonar frentes únicos a base de compromisos entre los jefes de fracciones antagonicas y hacer de la unidad de clase un motivo revolucionario, es incurrir en el viejo prejuicio reformista. Y ahí está la negación de la doctrina anarquista y de su independencia como corriente de opinión en permanente conflicto con todas las teorías polí-

DE LA VIDA BURGUESA



EL JUÉZ

viquismo, se convirtieron en los más feroces enemigos de nuestras ideas.

Lo primero que salta a la vista, cuando ahondamos un poco en el problema que plantea a nuestro espíritu el fracaso de tantas esperanzas desvanecidas después de una breve alborada roja, es la contradicción en que incurrir con demasiada frecuencia los hombres que consideramos apóstoles y guías del proletariado. Existe un abismo infranqueable entre la doctrina y la acción, entre el pensamiento y la actividad, entre la teoría y la práctica de ideales revolucionarios al pare-

lamos en nuestras convicciones y perdemos la fe en nosotros mismos. Y buscamos en la misma masa, en sus egoísmos, en sus pasiones y en sus odios, la explicación de algo que no puede ofrecernos la miserable realidad de esta vida.

He ahí el por qué de la impotencia creadora del anarquismo. La falta de sentido crítico para descubrir el fondo de una revolución que reedita viejos sistemas sociales con procedimientos y frases nuevas, obliga a los anarquistas a sacrificar constantemente sus ideas para ponerse a tono con la realidad. — Y el sacrifi-

ticas estatales: conservadoras, reformistas o revolucionarias.

Lo difícil para muchos compañeros está en la posibilidad de armonizar sus doctrinas con la actividad que desarrollan como componentes de un sindicato o como miembros de una asociación que rechaza sus principios. Por eso solucionan el conflicto — que en realidad sólo existe en su espíritu vacilante — creando un campo neutral y especificando los grados de acción que deben desarrollar en ese estrecho escenario. Y llegan, transigiendo siempre, sacrificando la doctrina a la acción, olvidándose muchas veces de sus propias ideas por respecto a las ajenas, a curiosas divisiones y desdoblamientos de su personalidad moral. Son anarquistas en la agrupación doctrinaria, sindicalistas en el sindicato, racionalistas en la escuela, en fin, hombres que transigen con todo y sólo obran de acuerdo con el medio artificioso que van creando a sus diversas y específicas actividades.

Por efecto de esa costumbre tan arraigada en el movimiento anarquista europeo tenemos aún planteado, como novedad, el problema de si los anarquistas deben o no militar, como anarquistas, en los sindicatos obreros. Esta cuestión, resuelta desde hace muchos años en este país, la agitan en Italia, en España, en Francia, etc., compañeros que son tenidos como jefes espirituales y orientadores del anarquismo. ¿Qué nos demuestra esa anodina preocupación por cosas que va ha resuelto por sí misma la práctica del movimiento obrero revolucionario? ¿Qué podemos esperar de hombres que creen agitar, planteando vulgaridades, grandes problemas filosóficos y poner en beligerancia los conflictos ideológicos que embarcan el espíritu del hombre en esta hora de terribles confusiones; de hombres a quienes la experiencia de los últimos años no ha llegado a revelarles el origen de esa impotencia del pueblo para resolver por sí mismo, con el simple empleo de la fuerza bruta, los problemas de la revolución, y que sin embargo se empeñan en desandar lo andado y en repetir los mismos vicios que minaron el movimiento obrero y las mismas tácticas que condujeron al callejón sin salida de la dictadura?

Para rectificar el error individualista de los negadores de la eficacia de las actividades gremiales y para abrir el camino del anarquismo en las filas sindicalistas, se pretende crear un campo neutral que permita la convivencia de todas las teorías políticas y filosóficas. En realidad se pretende ofrecer una panacea revolucionaria a quienes no creen en el parto milagroso de revoluciones catastróficas... ni en la preparación metódica de revoluciones que han de contar para triunfar, con un ejército disciplinado y obediente a la voz de orden de un jefe. De otra manera no se explica que los anarquistas deban recurrir a una llave ganza para introducirse en el movimiento obrero, o, antes de franquear las puertas del sindicato, con el permiso de los jefes, hacer profesión de fe sindicalista y comprometerse a dejar sus ideas en casa.

El alegato unitario, cuando lo pronuncia un anarquista que considera como un buen campo de acción al movimiento obrero, sólo puede servir para disfrazar propósitos que deben ser proclamados a todo viento y sin reticencias. Hay quien crea en la posibilidad de una unión orgánica, por el conducto económico que mal une a los asalariados, con prescindencia de las ideas y hasta lesionando la opinión y el derecho de las minorías más conscientes y capacitadas? De seguro que esa creencia no puede alimentar a un anarquista de esclarecida inteligencia y firmes convicciones libertarias.

Las contradicciones que señalamos sólo pueden alimentarse en desmedro de las ideas anarquistas. Por eso debemos buscar en nosotros mismos el camino que nos conduzca a la plena realización de nuestro postulado. No puede existir, so pena de que nos neguemos como fuerza actuante y determinante en el proceso social de los pueblos, una contradicción permanente y violenta entre la teoría anarquista y la práctica del movimiento anarquista, sea cultural o gremial, realícese en las organizaciones doctrinarias o tenga como

campo de actividad el movimiento obrero.

Volveremos a tratar estas cuestiones teóricas y tácticas, de capital importancia para el anarquismo en estos momentos de general confusión, y replicaremos en particular opiniones que creemos completamente equivocadas y de funestas consecuencias para el desarrollo futuro de nuestra propaganda. El criterio unitario, que involucre a la vez una profesión de fe sindicalista incompatible con la ideología libertaria, merece por nuestra parte las más tenaces objeciones. Y ese error táctico defendido por muchos compañeros europeos — y llevado a un extremo lindante con el autoritarismo — por el compañero Luis Fabbri — lo combatimos sin tregua todos los que no nos dejamos deslumbrar por la ficción revolucionaria de las unidades hechas a base de renunciamientos y de los frentes únicos que dan el comando del ejército obrero a jefes que se pasan la vida estudiando planes estratégicos para la revolución...

Emilio López Arango

El problema de la unidad proletaria

(Conclusión)

Decía más arriba que los sindicatos deben ser independientes también frente a las varias escuelas ideológicas. Quería decir que la organización no debe sobreponerse ninguna etiqueta teórica o doctrinaria, no debe adoptar oficialmente ninguna concepción ideológica.

Recuerdo cómo, desde antes de la guerra, en ciertas federaciones de oficio se discutía sobre la aceptación o no de la teoría de la "lucha de clase". Eran discusiones prácticamente superfluas y, desde el punto de vista de la organización, fuera de lugar, porque el hecho concreto de la lucha de clase (o mejor de la lucha entre las clases) no es de ningún modo influenciado por la explicación histórica y doctrinaria que de Marx en adelante ha tomado el nombre de "teoría de la lucha de clase". Se puede hacer la lucha de clase, es decir, luchar como proletarios contra el monopolio y la explotación capitalista, sin estar, por eso, persuadidos de que esta lucha sea el único motor de la historia y la determinante de todos los movimientos políticos y sociales, como pretenden los marxistas.

No quiero absolutamente decir que la organización deba estar "contra" la lucha de clase y tanto menos volverse un instrumento colaboracionista. Al contrario, la organización de clase, creada por los trabajadores para mejorar con su esfuerzo directo las propias condiciones económicas, teniendo por objetivo la liberación de toda forma de servidumbre, no podrá ser sino una organización de lucha de los obreros contra sus opresores y explotadores. Pero esta lucha será más o menos activa, revolucionaria o reformista, intransigente o acomodaticia, no según la doctrina oficial que habrá artificialmente adoptado, pero sí según la influencia que ejercerán libremente — vale decir sin depender de la organización y sin ponerla a su servicio — las minorías idealistas, los núcleos de trabajadores elevados de la comprensión de los intereses particulares a la de los intereses generales; del deseo del bienestar material al del propio mejoramiento moral. Y la tarea de los anarquistas en la organización obrera consiste precisamente en ejercitar esta influencia, que será tanto más vasta y profunda cuanto más desinteresada, independiente y sin pretensiones hegemónicas.

La organización proletaria no debería estar cerrada a ninguna corriente ideal, por más heterodoxa que pueda parecer desde cualquier punto de vista; pero para que esto sea posible es necesario que no haga suyo a priori ningún programa de partido y ninguna prejudicial de carácter político o doctrinario, y que no obstaculice a nadie la libertad de ejercitar su propia influencia moral.

Mientras esto consentirá toda la necesaria elasticidad a la acción de clase, hará que ningún trabajador se sienta un extraño o un tolerado en su organización de oficio o deba resignarse a que ésta obre, en el terreno político, también en su nombre, contra sus propias idealidades.

La neutralidad de la organización común a todos, no impedirá absolutamente que cada uno siga las ideas, religiones, partidos, agrupamientos que más le convengan, ni será obstáculo a la libertad de propaganda en el mismo ámbito de la organización, con tal de que cada uno obre bajo su responsabilidad, sin empeñar moralmente o materialmente la organización, ni mezclar a la actividad de ésta su personal actividad política de modo de generar confusión o constituir abuso. Nada impedirá que las minorías obreras más idealistas y más dotadas de espíritu de sacrificio y de iniciativa obren según su criterio, empeñándose, naturalmente, ellas solas, y precedan así a las grandes masas predicándoles con el ejemplo.

La función de la iniciativa independiente de las minorías audaces será más bien la de levadura de vida entre las grandes masas, que les impedirá estancarse en un corporativismo cerrado, estrecho y demasiado utilitario. Porque uno de los peligros que hay que evitar es que de la neutralidad se pase al error "laborista", es decir, que la organización de clase se transforme en el peor de los partidos políticos, el que, estimulado sólo por los intereses corporativos, acabaría por merecer de veras el nombre de "partido del vientre". Tendría los mayores defectos de los partidos — especialmente en el terreno parlamentario y de la colaboración estatal — sin esa útil remora a una excesiva adaptación que los partidos al menos encuentran en su programa adventista.

Pero la función propulsiva y en cierto modo purificadora, que pueden realizar

los grupos obreros animados de un ideal de porvenir, sobrepasa la órbita de las tareas específicas del sindicato obrero, y puede serle útil únicamente si se desenvuelve desde afuera, independientemente de él y sin el riesgo de comprometerlo en los eventuales fracasos.

Por esto es necesario, aún contra nuestros mismos egosmos de parte y contra la vana tentación de obtener de otro modo la victoria, defender celosamente esta indispensable independencia del movimiento obrero, después de haberla hecho la base fundamental de la organización de clase. Cada éxito obtenido con la violación de esta norma de libertad sería ilusorio y amargamente descontento más tarde, no sólo por la organización en general, sino por los grupos mismos que de él se hubiesen hecho responsables.

La independencia y la libertad de movimiento de la organización de clase frente a los partidos y a los gobiernos son, para todas las fracciones del proletariado, como una inmutua garantía de que ningún grupo o fracción haya de destrozar, con pretensiones de hegemonía y atentados a la dignidad de todo el resto del proletariado, el pacto fraternal de la superior solidaridad de clase, puesto por encima de todas las divisiones de ideas y de programas.

Bien sé que los impacientes por generoso deseo de más rápidos progresos encontrarán demasiado lenta y moderada la organización general de las grandes masas, para resignarse a no forzarles la mano y empujarlas más allá de lo que consentía el desarrollo espiritual por ellas alcanzado. Pero la experiencia y la historia nos enseñan que cuando, por la fuerza o con vanas ilusiones, se ha empujado a las masas más allá del punto consentido por su conciencia, éstas han vuelto atrás al primer revés permitiendo las más terribles reacciones.

No hay otro medio para empujar adelante a las masas que la "persuasión", la difusión en ellas del sentimiento de dignidad y de libertad, del deseo de mejoramiento y de liberación. Serán las minorías más susceptibles de persuasión las que con su espíritu de iniciativa y de sacrificio abrirán a las mayorías los caminos del porvenir. Cuando tales minorías sean bastante numerosas predicarán también con los hechos la propia fe, dando el ejemplo; pero el ejemplo deberá ser seguido voluntariamente por las mayorías, no por fuerza o por engaño; por los caminos de la libertad, no por los de la coerción, de la dictadura, de la autoridad.

En realidad los trabajadores no obtendrán su liberación económica y social más que por obra propia, al precio de su esfuerzo y sacrificio. Los progresos hechos en este camino, por pequeños que sean, son los únicos duraderos y efectivos. Los otros, en apariencia pasmosos y rápidos, debidos a las maniobras políticas de un partido, a los favores de un gobierno, a la violencia de un dictador, se desvanecerán al primer cambio de viento, a la primera tempestad. La única violencia legítima es la que se opone a la violencia ajena o se rebela contra un estado de violencia — nunca la que quiere obligar a otros, aunque sea con fines de bien, a obrar contra su conciencia y voluntad.

Los partidos políticos, los agrupamientos idealistas, etc., son siempre, por lo demás, libres de moverse, de expandirse, de ejercer sobre los hombres y las cosas toda la influencia de que son capaces, según su fuerza y la bondad de sus ideas. Pero para esto deben contar sólo sobre sí mismos, y no sobre los medios morales y materiales de la organización obrera.

Que si algún partido político, por nopia o por sed de imperio, intentase coartar o monopolizar para sí el movimiento obrero, eso significaría que él no mira a la realización de un ideal, sino más bien a satisfacer inmediatas ambiciones e intereses transitorios de pequeñas castas o de minorías politicantes, en contraste con los intereses generales del proletariado y del resto de la población, y hasta en contradicción con los ideales afirmados en su programa.

La historia reciente del movimiento obrero italiano, aún el anterior al pacto oficial de alianza entre el Partido Socialista y la Confederación del Trabajo, es

ta, demostrando cómo un partido fuerte puede llegar a eludir los pactos de neutralidad política sancionados en los estatutos.

Pero hoy se está en condición, guiándose por la experiencia, de tomar medidas de orden práctico, que antes no se había pensado, para impedir a cualquier partido político una preponderancia lesiva de la libertad y dignidad de una parte cualquiera de los organizados. Una de estas medidas es que los funcionarios, dirigentes, hombres de confianza de la organización obrera no puedan ser al mismo tiempo funcionarios o dirigentes de algún partido, ni miembros por ningún título de los parlamentos, consejos provinciales, comunales, etc. En el acto de la elección de los secretarios y funcionarios de organización se debería evitar el llamar a ocupar el puesto a las figuras demasiado representativas de la política, y habría que tener en cuenta, como título de preferencia, el espíritu de serenidad y de imparcialidad, rechazando y teniendo alejados lo más posible a los exclusivistas y a los sectarios.

He dicho ya, en artículos precedentes, que según mi criterio los funcionarios estipendiados de las organizaciones no deberían ser los absolutos dirigentes o árbitros de la orientación sindical. Estos deberían ser más bien, y de hecho, los consejos o comités compuestos de obreros que ejercen el oficio de la liga o federación; y también estos comités o consejos deberían ser, salvo en casos excepcionales, más ejecutivos que deliberativos, es decir, órganos subordinados a las indicaciones dictadas por los comités, referendums, congresos, asambleas, etc. Una medida de prudencia apta para coronar estas precauciones... profilácticas debería ser la de no permitir la ingerencia a extraños en los asuntos de la organización obrera.

En línea general, ciertamente, un médico o un ingeniero es más útil a la sociedad que un obrero especializado en construir cañones o cárceles; pero así como estaría fuera de lugar un trabajador manual en una sociedad profesional de ingenieros o de médicos, todavía menos en su puesto estaría un abogado o un literato en una asociación de albañiles o metalúrgicos, independientemente de la mayor o menor utilidad de su función social. La organización debe buscar en sí misma, entre sus componentes, en garantía de su carácter de clase, los propios elementos de acción.

Tanto el sistema prehistórico y poco digno de los "socios y presidentes honorarios", como el más moderno, pero de ningún modo indispensable, de los "consultores legales", abren el camino a los predomios personales, a las invasiones extrañas y de partido. Prescindir de los primeros y dejar a los segundos sólo las prácticas legales en las eventuales cuestiones judiciales, sin que deban inmiscuirse en la vida interna sindical, en las reuniones, en los congresos, etc., me parece más que necesario.

Hay siempre, naturalmente, el peligro de que algún dirigente o secretario concluya, por mérito suyo o de las circunstancias, por volverse de tal modo dueño de la situación sindical que pueda subordinar el interés de la organización al interés propio o al de su partido. Inconvenientes habrá siempre y jamás se tendrá una organización perfecta. Pero yo creo que contra la formación de incrustaciones dictatoriales en la organización, contra ciertas degeneraciones del funcionalismo sindical podrá ser buen contraveneno el sistema de cambiar los funcionarios dentro de un razonable límite de tiempo y de modo compatible con las necesidades prácticas de la organización.

Un sistema, entre otros, que servía positivamente en el pasado para someter a los partidos políticos la organización obrera; era el de la concentración burocrática y autoritaria de todas sus funciones, por cuyo medio se pretendía imponer, desde arriba y de lejos, comités directivos a las organizaciones locales, sistemas, orientaciones, costumbres, etc., en contraste con la mentalidad y las tendencias preponderantes en cada localidad. Con frecuencia esta centralización de funciones servía completamente, en tiempo de elecciones, para hacer de la organización una vasta agencia electoral y una verdadera incubadora de políticos.

Hoy, después de la dura experiencia de los últimos años, casi todos — también los no anarquistas — convienen (menos los fascistas, naturalmente) que las organizaciones obreras deben mantenerse extrañas, así en el sentido positivo como en el negativo, a las cuestiones electorales: no participar en ellas por razón alguna, ni hacer abstencionismo activo, ni permitir que alguien use en un sentido cualquiera para tal fin el nombre, el dinero, la influencia y en general los medios morales y materiales de la organización. Pero el centralismo burocrático puede conducir a los dirigentes sindicales, aún con la mayor buena fe y las mejores intenciones personales, a hacer igualmente política partidaria, dañosa a la unidad obrera, también fuera del terreno electoral.

Concentrando en pocas manos la enorme fuerza de ciertas federaciones de oficio, quien tiene esta fuerza es llamado a emplearla en interés de un partido que, en su conciencia, se confunde con el interés general o de la colectividad organizada. Ha sucedido alguna vez que se obstaculizasen movimientos locales creídos dañosos para ciertas situaciones políticas; y otras veces se fomentaban movimientos porque se esperaba de ellos resultados políticos generales reputados necesarios. Y aún cuando no había ningún segundo fin en ello, quedaba la posibilidad y la razonabilidad de la sospecha, que desmoralizaba a la masa; quedaba en las manos de los enemigos de los obreros el arma de la insinuación también contra los movimientos más honestos y desinteresados.

Inconvenientes de este último género no se podrán eliminar nunca del todo; pero es posible disminuirlos en el número y en los efectos, evitando una excesiva centralización de funciones y toda centralización de poderes, de modo que la acción sindical sea el resultado de la adhesión y de la voluntad de las masas y no de un comando colocado por encima de ellas. Las diversas organizaciones, lo mismo por oficio que por localidad, — federaciones y cámaras del trabajo — como cada sindicato en sí, deberían conservar una suficiente autonomía de orientación y de actividad, de ordenamientos internos, de relaciones, de lucha, etc.

Tal autonomía — en el ámbito, se entiende, del pacto constitutivo de la organización general unitaria — debiera, pues, ser absoluta para todos aquellos movimientos locales o de oficio que empuen solamente la localidad o la organización que los iniciase y se hiciese responsable de ellos.

No me extendiendo más en estas últimas consideraciones, que son una repetición, pues ya he hablado más extensamente cuando me ocupé del funcionalismo obrero y de los peligros del centralismo sindical.

Luigi Fabbrì

LA MACHNOVSTCHINA

Esbazo sumario del movimiento machnovista

Sobre el movimiento machnovista cedemos hoy la palabra al camarada Archinof, que ha resumido en estos artículos el contenido de su libro "Historia del movimiento machnovista" (véase nuestra noticia bibliográfica en el número 81 del Suplemento). Recomendamos la lectura de este trabajo, pues el autor ha hecho en pro de la reivindicación de la "machnovstchina" lo que A. Berkman por la tragedia de Kronstadt. — N de R.

(I)

Nota preliminar.

La historia del movimiento machnovista es en el fondo la historia de la gran lucha de los trabajadores de Ucrania contra los numerosos poderes que trataron de imponer su dictadura al pueblo en revolución; es la historia de la lucha emprendida en nombre de la igualdad verdadera y de la libertad entera de los trabajadores. Esta lucha fue sostenida durante varios años por los millones de obreros y de campesinos en una vasta superficie. Para dar una narración exacta, para representarla como fue en realidad, para exponer su ideología, habría que escribir más de un libro. Una cierta parte de esa obra ha sido ya realizada, al menos en tanto que lo permitieron las circunstancias: un volumen que contiene la historia de los comienzos y del desenvolvimiento del movimiento machnovista apareció ya en Ruso. Está en tren de ser traducido a otras lenguas. Las tendencias y las aspiraciones de ese movimiento están anotadas allí; las etapas del calvario que ha debido sufrir en el camino de la revolución social están cuidadosamente inscritas en él.

Ese libro va a aparecer pronto en francés y en español y esperamos que los trabajadores revolucionarios lo tendrán y podrán así documentarse sobre la esencia del movimiento machnovista y sobre su misión en la revolución rusa.

El artículo que sigue no da más que una idea sucinta de la machnovstchina: esbozo, por decirlo así, su esquelito. Su objeto es definir los rasgos esenciales del movimiento machnovista y someter al lector algunas nociones que le inspirarán el deseo de hacer más amplio conocimiento con la materia.

El sentido de la revolución rusa.

La revolución rusa es grande y fuerte porque sus fuerzas activas, móviles, re-

siden en el pueblo laborioso: los trabajadores de las ciudades y de las aldeas, del yunque y del arado. El pueblo laborioso no puede morir, no puede morir tampoco su idea fundamental de la revolución: la idea de la vida libre e igualitaria. Desde los siglos más remotos, de generación en generación, esta idea se transmite en los estratos vivos del pueblo, despertando en ellos el espíritu de rebeldía, de insurrección contra una vida insosteniblemente servil. Las vastas insurrecciones de campesinos rusos guiadas por Stenka Ratzin y Pugacheff y otros, atestiguan la presencia y la persistencia de la idea revolucionaria en las masas populares.

Esas insurrecciones fueron reprimidas por los poderes existentes cruelmente y sin cuartel, pero la idea de la libertad y de la igualdad no podía ser matada. Se refugia en las profundidades del pueblo laborioso; pasando de generación a generación, se enriquece a medida de la experiencia creciente y sale a la luz del día de nuevo, sublevando masas populares cada vez más importantes para la conquista de la libertad, de la igualdad y de la independencia.

En el curso de la revolución de 1905 los trabajadores de Rusia entraron en la lucha con más experiencia que antes y dieron prueba de una comprensión mayor de su rol social e histórico. En 1917 estuvieron aún más a la altura de su tarea.

Las masas obreras y campesinas se amotinaron y entraron en la lucha casi íntegramente en 1917. "Las fábricas para los obreros!... Las tierras para los campesinos!" — tal fue el grito de revolución de esas masas que concentraban y expresaban en él sus aspiraciones y sus esperanzas seculares.

Tal es la idea fundamental de la revolución rusa comenzada en 1917. Cada vez que los poderes de especies diversas trataban de desvanecer ese carácter dominante de la revolución, de reemplazarlo por transformaciones políticas y de establecer su dictadura, las masas revolu-

cionarias — tanto en un lugar de Rusia como en otro — se sublevaron para obstaculizar esas tentativas, esforzándose por defender y encarnar su concepción de la idea social revolucionaria.

Cuando el gobierno de coalición en 1917 aparentó instituir un poder dictatorial y detener el desenvolvimiento de la revolución, la ciudad revolucionaria de Kronstadt se agitó y lanzó el grito de unión para afirmar y profundizar la revolución.

Cuando cuatro años más tarde comenzó el bolcheviquismo, a ejemplo del gobierno de la coalición, a liquidar la producción y a retirar las conquistas principales de los trabajadores, fue la misma Kronstadt la que levantó en marzo de 1921 el estandarte de la revuelta contra la dictadura del bolcheviquismo.

Al invadir la Ucrania revolucionaria los ejércitos austriacos y alemanes (en 1918), ante la tentativa de restablecimiento del poder de los grandes propietarios terratenientes, ante la acción contrarrevolucionaria de Denikin, ante la tentativa de los bolchevistas que querían someter a su poder todas las clases laboriosas de Rusia — los trabajadores revolucionarios de Ucrania respondieron con la revolución. En nombre de los grandes fines de la revolución — libertad e igualdad — entraron consecutivamente en lucha con todos los que conspiraban para desposeer a los trabajadores de esos bienes. Ese combate de los obreros y de los campesinos de Ucrania por la libertad duró varios años, formando la epopeya heroica conocida con el nombre de "machnovstchina".

Los fundamentos de la "machnovstchina"

Los obreros y los campesinos de Ucrania consideraban todos los poderes que se sucedieron allí desde el comienzo de la revolución con una mirada hostil. Desde el principio estuvieron en oposición revolucionaria con el llamado "gobierno revolucionario provisorio". Fue con el mismo espíritu de oposición revolucionaria que hicieron frente a los gobiernos petlurianos y "comunistas" que se sucedían unos a otros sin tregua y sin delimitación fija desde el punto de vista territorial. Para los estratos revolucionarios de los campesinos pobres y para los obreros, esos poderes no sólo figuraban como un fardo inútil, sino sobre todo como un obstáculo directo que les impedía conscientemente realizar la obra de la revolución social en marcha.

Los obreros y los campesinos de Ucrania, lo mismo que los trabajadores de toda Rusia, seguían en la revolución su propio camino hacia el advenimiento de una nueva vida libre, estimando con precisión que la liberación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. Su fin inmediato era aniquilar el sistema existente de servidumbre económica y erigir sobre el terreno descombrado un nuevo sistema basado en la socialización de los instrumentos de trabajo, de los órganos de la producción y del usufructo laborioso de la tierra. Es en ese sentido que obraban los obreros y los campesinos más activos. Los obreros expulsaban a los propietarios de las fábricas y confiaban la gestión de los negocios y de la producción a sus propios órganos: a los sindicatos obreros, a los comités de fábrica o a los órganos especialmente creados para ese objeto. En cuanto a los campesinos, expropiaron la tierra a los grandes propietarios latifundistas y a los ricos "kulaks" y abandonaron su usufructo a los agricultores que trabajaban con sus propias manos.

Sin embargo los gobiernos — comprendido el de los comunistas — tan pronto como llegaron al poder no hallaron cosa más apremiante que hacer que romper esa línea de conducta revolucionaria de los trabajadores y quitarles el derecho a la lucha revolucionaria directa, así como el derecho a constituir libremente su vida, lo que suscitaba en el pueblo inmediato e inevitablemente un sentimiento de oposición revolucionaria. Esta oposición se manifestó primero por actos de protesta separados; pero era claro que no podía dejar de llevar a una acción revolucionaria en masa bajo cualquier forma que fuese.

La invasión de los ejércitos alemanes y austriacos en Ucrania al comienzo de



NESTOR MACHNO
(Preso en Polonia)

1918 dió a la energía revolucionaria de los campesinos y de los obreros una dirección un poco específica.

El tratado de Brest-Litovsk concluido en la primavera de 1918 por los bolchevistas con el gobierno imperial alemán ofreció a los ejércitos de ocupación alemanes y austriacos el libre acceso a Ucrania. Tan pronto como estos ejércitos penetraron se condujeron como dueños absolutos, apoderándose de la vida militar, política y hasta económica del país. Para gozar a sus anchas de los bienes del pueblo ucraniano, los ejércitos de ocupación restablecieron en la persona del hetman Skoropadsky el poder decaído de los grandes propietarios de la tierra. Esa fué la inauguración de una era de saqueo monstruo de los viveres y de las riquezas del país, saqueo acompañado de un régimen de violencia y de arbitrariedad inaudita: lo que contribuyó naturalmente a dar un impulso nuevo a la energía revolucionaria de los obreros y de los campesinos de Ucrania.

No habían pasado dos meses después de la ocupación austro-alemana cuando las insurrecciones de campesinos habían comenzado ya a estallar en diversas partes de Ucrania, dirigidas contra las autoridades extranjeras tanto como contra el hetman Skoropadsky y contra los antiguos propietarios que habían vuelto a sus tierras y trataban de reivindicar sus antiguos derechos.

Estas insurrecciones eran reprimidas con una crueldad increíble: aldeas enteras fueron incendiadas; los campesinos fusilados en masa o sometidos a torturas atroces (de cien a doscientos culatazos).

Esto no rompió sin embargo la resistencia de los campesinos. Recurrieron en todas partes al sistema de las guerrillas para combatir a sus enemigos: casi en cada distrito, atrevidos ginetes provistos de buenas armas organizaban destacamentos compactos. Esos equipos acataban audazmente los puestos militares austro-alemanes, la milicia del hetman (la "varta") y la guardia de los propietarios territoriales, causándoles a todos serios daños.

Numerosos equipos armados surgidos en toda Ucrania aumentaban continuamente, amalgamándose entre sí y formando verdaderos cuerpos de ejército de tres a cinco mil hombres. Junio, julio y agosto de 1918 fueron los meses de mayor actividad de esos equipos campesinos. Estos destacamentos estaban lejos de que dar aislados: la mayoría de la población rural laboriosa se colocaba de su parte, los sostenía en la lucha; no era raro que aldeas enteras tomaran parte en los combates trabados contra las fuerzas militares austro-alemanas y las milicias del hetman.

La comarca más agitada, la más revolucionaria era en ese momento la parte meridional de Ucrania, que abarcaba el gobierno de Ekaterinoslav, el de Kherson, el de Donetsk y el de Tauride. Es allí donde se formó el movimiento revolucionario más poderoso de los campesinos. Se inició en las grandes aldeas, más bien pequeñas ciudades, como Mikailovka, Novospassovka, Hussarky, Gulai-Polé, se difundió en muchas otras aldeas y departamentos y bien pronto se convirtió en el centro de unión de todos los campesinos insurrectos del mediodía de Ucrania.

Algunos narradores, sobre todo los que se colocan en el punto de vista bolchevista, tratan de explicar el origen mismo de las insurrecciones revolucionarias en Ucrania por la invasión austro-alemana y la contrarrevolución de Skoropadsky. Esta explicación no es más que parcial y por tanto errónea. La invasión y la contrarrevolución no hicieron más que acelerar la insurrección. El origen de ésta tiene sus raíces en el fondo mismo de la revolución rusa y no es otra cosa que la tendencia de los trabajadores a llevar la revolución hasta el fin: hasta la completa emancipación social de las clases laboriosas. Esto aparece claramente cuando se sabe que las principales fuerzas motoras de la insurrección revolucionaria eran los estratos más pobres de los campesinos y de los obreros, que eran los únicos que mantenían la lucha, sin dejar

Apuntes y motivos — Sombras, penumbras y luces

Para LA PROTESTA.

No he querido concederme ningún descanso después del largo viaje. Tenía el deseo de hacer enseguida un recorrido a través de la ciudad por haber oído hablar de ella como de un sueño inolvidable. Y he ido en busca afanosa de "su misterio, de su encanto, de su hechizo, de su amor" rompiéndome literalmente los huesos en una carrera ininterrumpida a través de l'Opera, l'Etoile, les Invalides, los bulevares, trepándome hasta la última altura de Montmartre, donde, finalmente calmándose todo rumor de vida, volví a percibir la sensación de vuestra existencia.

Es decir, os volvéis a encontrar por entero vosotros mismos — no más frágil materia humana arrastrada y empujada por una muchedumbre presurosa, amenazada a cada paso por el vuelo de los taxi, por las ruedas de los autos, por la fuga de los tranvías, devorada por las fauces secas y sofocantes de los Metro, hundida treinta metros bajo tierra y por la tierra vomitada nuevamente, a través del engranaje de escaleras automáticas, a su superficie — pero os volvéis a encontrar, decía, enteramente vosotros mismos, con toda vuestra alma que desde lo alto mira y aquieta el ansia y reposa sobre la inmensa ciudad que en semicírculo se extiende en torno de la altura y sube sobre su pendiente y despliega las alas y detiene la agitación hasta donde el gris del cielo se confunde con el gris de los techos.

Después, desde una de las más altas ventanas de Montmartre, sonrío la cabecita coqueta de la desventurada Mimí y lanza su risa despreocupada y la amargura de su último llanto sobre la ciudad que le ha puesto en la sangre aquel sutil veneno que en los seres jóvenes crea un alma extraña de perdición y de amor, de poesía y de voluptuosidad, de pureza y de lascivia: Y el perfil pálido de Rodolfo busca al artista sin nombre y sin gloria que expulsado por el estrépiteo, la riqueza y el vicio de allá abajo se refugia aquí, donde el cielo es más cercano, y la mano más segura para las divinas creaciones del espíritu.

Paris... Chozas, casitas, casuchas, sucias y decrepitas, adosadas las unas sobre las otras, enredos de escaleras estrechas y tortuosas que suben y se pierden como venas enfermas y malsanas a través de la angustia del edificio, estrecheces inverosímiles de callejuelas oscuras, desteñidos y roídos tapetes pendientes sobre mefíticos patios con olor a moho y a vicio y que nos hacen recordar el rostro y el alma deformes del "Maestro" y el ojo verde de la torva "Lechuzca"

se guiar por ningún partido político, y que la palabra de orden y de unión de los insurrectos era: "¡La tierra para los campesinos! ¡Las fábricas para los obreros!". El movimiento insurreccional que contribuyó a la caída de Skoropadsky y que tuvo su fuente en el distrito de Gulai-Polé es quizás el más típico de este género. Desde su comienzo proclamó que combatía, no para instituir "un poder mejor", sino para organizar la vida de los campesinos y de los obreros libremente, sin autoridad ni explotación.

Los guías de este movimiento eran campesinos anarquistas: Nestor Machno, Martchenko, Simón Karentnik, Kalachnikoff, Kurilenko, Gavrilenko, Vóvitchenko, Stchus y otros más — todos con un pasado de anarquistas en su activo. Esto está lejos de ser fortuito: el movimiento por sí mismo tenía un sentido social tan profundo, contenía tantos elementos de un verdadero anarquismo, que únicamente los anarquistas estaban indicados para entrar en sus filas y ponerse a la cabeza; los anarquistas capaces de una acción decidida.

P. ARCHINOF

en torno de, los cuales la pluma de Sue mueve las figuras y vicisitudes misteriosas de la gran ciudad inconstable.

Paris... Superficialidad, liviandad, despreocupación de la vida. País donde la gente olvida la severidad y la pura seriedad del alma; donde sobre los dolores, los recuerdos y los deberes, para sofocar sus voces, se vuelca un regocijo de notas; donde el pincel trabaja en ocultar las arrugas de las mujeres y las rajaduras de las casas; donde en los misteriosos lugares nocturnos enferman los adolescentes y se pudren los viejos; donde los niños, soberanos absolutos de la calle, pasan silbando a vuestro lado con la jovencita compañera al flanco — discola, indolente y legañosa — ambos con el cigarrillo en la boca, boca ya gastada y perdida — gorri sobre los ojos — y ojos ya sin brillo y extraviados — porque en todas las fuentes del vicio y la virtud ya han abrevado el espíritu.

Paris... Esplendor de plazas tersas entre perfumes de flores; y bellezas de palacios alineados a lo largo de avenidas anchas y rectas cuyo fin no puede percibir la mirada; y amplitud pura de arcos majestuosos y lento murmullo del Sena que constriñe los flancos y palpita bajo la altura nunca igualada de la magnífica torre de hierro.

Paris... País de trabajo y de producción donde la sirena suena a las seis de la mañana dando movimiento a los cilindros, a las máquinas, a las ruedas, a todo aquel mundo magnífico que al alba de cada día abofetea a los héroes nocturnos que vuelven borrachos de las líbricas re uniones a la tibieza de muelles frazadas, y templea los brazos en el honesto color, quío de la máquina fuerte y laboriosa, y templea el corazón con la voz de Pierre Hamp, escritor plasmado por su gente, que con originalidad de forma y de pensamiento levanta sobre una cima de luz esta fatiga heroica y su heroísmo canta en su "Nuevo honor".

Paris... País de comercio, de riquezas, de negocios, donde los hombres tienen el apresuramiento de la rueda, donde la gente tiene la sed afanosa de la conquista, donde la vida se quiebra por la intensidad del esfuerzo y de la carrera, donde el rostro humano ha cambiado línea y color, y los ojos — grandes y asustados — tienen la expresión de la duda y del vacío.

Y casi se siente fatiga en recordar que entre tanto barullo y tanta superficialidad de vida, que entre tanto fulgurar de luces y fermentos de vicios, están también diseminadas las piedras de las primeras y más heroicas memorias sociales, que también están diseminadas las tumbas de los poetas inmortales. Y se sufre pensando que nadie pueda tomar sobre los brazos ese pasado de arte y de dolor para llevarlo lejos dentro de un recinto de silencio y de reposo.

Para que no sufra el polvo de los caídos donde fué apagado su ensueño de libertad: para que el polvo de los mártires no sufra entre las luchas y el odio y el olvido y el fango de los vivos.

Porque no es posible recogerse y meditar alrededor de la columna que evoca la Bastilla abatida y los corazones deshechos sobre sus ruinas y las acribilladas banderas de los insurrectos invencibles en el entrevero, allá, donde la gran plaga se asienta sobre el derroche y el esplendor de la vida moderna.

Porque no podemos sentirnos solos y buenos al lado de la piedra que cubre a la pura Luisa Michel, allá donde las bocas rojas e infernales de los singulares sitios montmartrenses están profanando el aire y la memoria, ni es posible sollowar ante el muro empapado en la sangre de los Comunistas, porque hasta en aquella colina de mártires os turba la mueca del excepcionalismo con la vanidad de todas las cosas actuales, con el amor que ha perdido alma y sentimiento, y que ríe su risa impúdica en bocas de carmín y en el movimiento inquieto de párpados sombreados por sabios lápices.

Y entonces, para calmar el palpitar de la frente y de los nervios, inclináis la cabeza sobre el busto de Alfredo de Musset y buscáis un poco de fresco y de reposo en el verde que crece en su torno: pocos, pequeños, y bajos arbustos, casi-irrisorios comparados con el gran ciprés umbroso y quieto, que él soñó en vida sobre su último sueño.

La noche viene. Chispas, semicírculos, círculos, coronas y antorchadas de vivísima luz se encienden sobre la ciudad, resplandeciente en el atardecer, como descotado traje de gala.

Y las casas viejas y apuntaladas, sobre las cuales los rétroques de estuco cubren a mala pena las débiles armaduras, y los edificios majestuosos y las callejuelas estrechas entre las cuales se, arrastra y desaparece alguna cara zoliana, y las calles anchas y calmantes y las mujeres jóvenes y las mujeres viejas, todo es igualado por el arte de los cosméticos y de los colores, por el esplendor fantástico de las reclames, de los letreros, de las velas, de las luminarias.

Parece que el cielo hubiese llovido todas sus estrellas sobre la tierra. Y camináis dentro de una calle de luz.

Aquí y allá, a la vuelta de una esquina un niño alinea sus estatuillas de yeso. Me acerco a él. "¿Eres de Luca?". Le pregunto.

El me sonríe un sí y levanta la carita pálida sobre la cual esplenden dos ojos dulces y negros de las tranquilas colinas toscanas.

No sé decirle otra cosa. Aquel niño que ya se gana la vida casi pisoteado sobre los bulevares de París, me llena la garganta de lágrimas.

¡Oh Italia! y cuánta sangre tuya de tí expulsada está dispersa por el mundo y brota a raudales de todos los lugares de fatiga, de todas las casas más negras, de todos los rincones de pena!

Vuelvo a tomar mi camino; pero me siento tan sola, tan sola entre ese estrépito, tan vacía, tan pobre entre esa riqueza, tan incomprendida entre todo aquel artificio... con una pobre pluma entre las manos que las desilusiones, las amarguras, el destierro, las traiciones, los fugigazos de los hombres y del destino han vuelto ahora tan débil y triste.

VIRGILIA D'ANDREA

París, octubre de 1923.

DAUDET

"No pasará mucho que Alemania dazará delante del buffet al son de la música wilsoniana. El proverbio dice: "Cuando no hay heno en el pesebre, los caballos se baten" Pronto el heno faltará por completo, y entonces nosotros tendremos, como decía Balz, el agradable espectáculo de una batalla de mascaradores de papa. Cuanto más se maten entre sí menos quedarán, y cuántos menos queden, menos probabilidades habrá de una nueva guerra próxima, de una próxima revancha. Me encontráis quizás de mal corazón: he aplaudido a la desaparición de Matías Erzberger (uno de menos!), a la de Rathenau (otro de menos!), Aplaudiré también a la de Lüdendorff, de von Seeckt, y ahora aplaudo el hambre alemana. Frente a los devastadores e incendiaros de mi país, a los violadores de nuestras mujeres, a los mascaradores de la infancia, no siento ni sentiré jamás ninguna misericordia. Su lección ha tardado en llegar. Pero héla aquí, al fin, según parece. Bienvenida sea!"

Esto ha sido escrito en la "Action Française" del 10 de octubre de 1923, por el dulce y seráfico, católico, apostólico y monárquico León Daudet!!

¡Lástima de tiro el de la heroína Bertón! Por nada hasta el propio hijo prefirió saltarse la tapa de los sesos a la vergüenza de semejante padre!

La verdadera miseria empieza cuando van escaseando también las esperanzas.

WERTHEIMER

Edmée o La caridad bien entendida

Anatole France



A. FRANCE

Trescientas líneas, con motivo del "día de Año Nuevo". Algo muy vivaz, con un perfume aristocrático.

—Mi buen Marteau, hágame un cuento para el número extraordinario del "Nuevo Siglo".

—Repuse a Horteur que yo no era bueno, al menos en el sentido en que él lo decía, pero que le daría con mucho gusto un cuento.

—Mucho me gustaría, me dijo, que se titulara Cuento para los ricos.

—Querria mejor: Cuento para los pobres.

—Eso es lo que yo pretendo. Un cuento que inspire a los ricos la piedad por los pobres.

—Es que precisamente a mí no me gusta que los ricos tengan compasión de los pobres.

—¿Qué ocurrencia!

—No es ocurrencia, es algo científico. La compasión del rico hacia el pobre me parece injuriosa y contraria a la fraternidad humana. Si desea usted que hable a los ricos, les diré: "Ahorrad a los pobres vuestra piedad: nada tienen que hacer con ella. ¿Por qué la piedad y no la justicia? Tenéis una cuenta con ellos. Liquidadla. No es una cuestión de sentimiento. Es una cuestión económica: Si ese que caritativamente les dais es para prolongar su pobreza y vuestra fortuna, ese don es infuco y las lágrimas con que lo humedecáis no lo harán más equitativo. "Es preciso restituir", como decía el procurador al juez después del sermón del buen hermano Maillard. Hacedis la limosna para no restituir. Dais un poco para guardar bastante y os felicitaís. De igual modo el tirano de Samos arrojó su anillo al mar. Pero la Nemesida de los dioses no aceptó aquella ofrenda. Un pescador devolvió al tirano su anillo en el vientre de un pez. Y Polícrates fué despojado de todas sus riquezas".

—Pero esto es broma!

—No hablo en broma. Quiero hacer comprender a los ricos que son benefactores por la ganancia y generosos con interés, que engañan al acreedor y no es así como se hacen los negocios. Es una advertencia que puede serles útil.

—Y usted quiere estampar semejantes ideas en el "Nuevo Siglo", para que la hoja se hunda! ¡Eso no!, ¡amigo mío, eso no!

—¿Por qué quieren ustedes que el rico se conduzca con los pobres de distinto modo que con los adinerados y los poderosos? Les paga lo que les debe, y si nada les debe, no les paga nada. Esta es la probidad. Si es probo, que haga otro tanto con los pobres. Y no diga que los ricos nada deben a los pobres. No creo que rico alguno lo piense. Las incertidumbres comienzan sobre la magnitud de la deuda. Y no se apresuran a salir de ellas. Prefieren mejor quedarse en la incertidumbre. Saben que deben. No saben lo que deben, y de cuando en cuando hacen un pequeño abono. Eso se llama la beneficencia y les resulta ventajosa.

—Pero lo que usted dice, mi querido colaborador, no tiene sentido común. Tal vez yo soy más socialista que usted, pero soy práctico. Suprimir un sufrimiento, prolongar una existencia, remediar una parte mínima de las injusticias sociales, es un resultado. El poco de bien que se haga, hecho queda. No es todo, pero algo es. Si el cuentecito que le pido enterece a una decena de mis opulentos subcriptores y los predispone a ser generosos, ya será eso una ventaja sobre el mal y el sufrimiento. Así es como poco a poco se hace soportable la condición de los pobres.

—¿Es bueno que la condición de los pobres sea soportable? La pobreza es indispensable a la riqueza, la riqueza es necesaria a la pobreza. Estos dos males se engendran uno a otro y se apoyan entre sí. No debe mejorarse la condición de los pobres; hay que suprimirla. No induciré a los ricos a que den limosna, porque su limosna está envenenada, porque la limosna es buena para quien la da y mala para quien la recibe, y finalmente, porque siendo la riqueza en sí misma dura y cruel, no debe disfrazarse con engañosas apariencias de dulzura. Puesto que usted desea que le haga un cuento para los ricos, les diré: "Vuestros pobres son vuestros perros, a quienes alimentáis para que muerdan. Los scorridos forman a los poseedores una jauría que ladra a los proletarios. Los ricos dan sólo a quien pide. Y no reciben nada".

—Pero los huérfanos, los impedidos, los ancianos?...

—Tienen derecho a vivir. Para ellos no excitaría la compasión, invocaría el derecho.

—¿Todo eso es teoría! Volvamos a la realidad: me hará un cuentecito referente a los aguinaldos y en él puede poner sus ribetes de socialismo. El socialismo está muy en moda. Resulta elegante. No hablo, se entiende, del socialismo de Guesde ni del socialismo de Jaurés; me refiero a un socialismo prudente que las personas educadas oponen con oportunidad e ingenio al colectivismo. Coloque en su cuento figuras juveniles. Será ilustrado y en las ilustraciones no agradan más que las figuras graciosas. Ponga en escena a una señorita, a una encantadora señorita. Eso no es difícil.

—No, no es difícil.

—¿No podría intercalar en el cuento a un deshollinador? Tengo una ilustración a propósito, un grabado en colores que representa a una señorita que da limosna a un deshollinador, en las escaleras de la Magdalena. Sería esta una ocasión de aprovecharlo... Hace frío, nieve; la linda doncella se compadece de un deshollinador... ¿Comprende esto?

—Sí, lo comprendo.

—Borde sobre ese tema.

—Bordaré. El deshollinador, loco de agradecimiento, se echa al cuello de la linda señorita que resulta ser la propia hija del señor conde de Linotte. Le da un beso e imprime en la mejilla de la graciosa niña una pequeña O de hollín, una bonita O pequeña, muy redonda y muy negra. El se ha enamorado. Edmée (así se llama) no es insensible a un sentimiento tan sincero y tan ingenuo... Me parece que la idea es muy conmovedora.

—Sí... usted podrá sacar de ella algún partido.

—Me anima a proseguir... Ya en su habitación suntuosa del boulevard de Maiesherbes, Edmée siente por vez primera deseos de no lavarse la cara; quisiera conservar en la mejilla la huella de los labios que allí se posaron. Entre tanto el deshollinador la ha seguido hasta la puerta, se queda extasiado al pie de la ventana de la adorable criatura... ¿Está bien?

—Por supuesto.

—Prosigo. Al otro día por la mañana, Edmée, acostada en su cama blanca, ve al deshollinador que asoma por la chimenea de su aposento. Arrojase ingenuamente sobre la deliciosa niña y la cubre de pequeñas O de hollín, muy redondas. He olvidado decirle que el muchacho es de una maravillosa hermosura. La condesa de Linotte lo sorprende en esta agradable ocupación. Grita, llama. El sigue tan afanoso que ni la ve ni la oye.

—Mi querido Marteau...

—Tan afanoso está que ni la ve ni la oye. El conde acude. Tiene el alma de un gentilhomme. Coge al deshollinador por la culera del pantalón, que es precisamente lo que a sus ojos se ofrece, y lo arroja por la ventana.

—Mi querido Marteau...

—Abrevie. Nueve meses después el deshollinador se casa con la preciosa señorita. Ya era tiempo. Tales son las consecuencias de una caridad bien entendida.

secuencias de una caridad bien entendida. —Mi querido Marteau, se ha burlado usted de mí a su gusto.

—No lo crea. Terminó. Habiéndose casado con la señorita Linotte, el deshollinador llegó a ser conde del Papa y se arruinó en las carreras. Ahora es fumista, en la calle de la Gaité, en Montparnasse. Su mujer está en la tienda y vende salamandras a diez y ocho francos, pagaderos en ocho meses.

—Mi querido Marteau, eso no tiene gracia.

—Fíjese, mi querido Horteur. Lo que acabo de referirle es, en el fondo, "La caída de un ángel", de Lamartine, y "Eloa" de Alfredo de Vigny. Y, después de todo, vale más que sus historietas lastimosas, que hacen creer a las gentes que son muy buenas cuando no lo son en absoluto, que practican el bien cuando en realidad es todo lo contrario, que ser caritativo es cosa fácil, cuando es lo más difícil del mundo. Mi cuento es moral. Es optimista además y concluye bien. Porque Edmée halló en la tienda de la calle de Gaité la felicidad que habría buscado en vano en los espectáculos y las fiestas, si se hubiera casado con algún diplomático o algún militar... Mi querido director, ¿quedamos de acuerdo? acepta usted a "Edmée o La caridad bien entendida" para el "Nuevo Siglo ilustrado"?

—¿Parece que me lo pregunta en serio?

—En serio se lo pregunto. Si no quiere mi cuento, lo publicaré en otra parte.

—¿En dónde?

—En una hoja burguesa.

—Apostemos a que no.

—Lo verá (1).

(1) El "Figaro", de París, publicó "Edmée o La caridad bien entendida". Hasta puede afirmarse que el director del citado diario ejerció este opúsculo como regalo de Pascuas a los lectores.

La Profecía de J. B. S. Haldane y el Anarquismo

Hubo siempre, entre los anarquistas, una cantidad de camaradas que se inclinaron por una solución preferente, práctica y económica, de los problemas sociales que aspira a ver resueltos el anarquismo.

Ya sea proyectando hacia el porvenir las líneas económicas del presente o creando otras nuevas, destinadas a reemplazarlas, nuestros camaradas escritores partieron siempre de nuestro tecnicismo actual sin ocuparse, casi, de los cambios que forzosamente sufrirá la técnica de hoy. Al edificar en el futuro la estructura económica del nuevo mundo no se tuvo muy en cuenta los progresos probables de la mecánica, de la física y de la química del porvenir, destinadas a transformar no sólo nuestros métodos de producción sino también nuestro sistema alud. menticio.

Las maravillosas profecías mecánicas de un Julio Verne o de un Wells, algunas de ellas superadas por nuestra realidad técnica y científica, nos inclinan forzosamente hacia el lado optimista de la humanidad y nos alientan en la fe y en la esperanza que los idealistas depositaron siempre en el porvenir del hombre.

Una de esas nuevas profecías, que tantas veces los hombres de ciencia se complacieron en proyectar, es la que J. B. S. Haldane, profesor de química biológica, leyó en la Universidad de Cambridge y que lleva por título "Si viviera usted en el año 2123" publicada en el último número de la "Revista de Occidente".

La nueva fantasía futurista del profesor Haldane abarca una serie de puntos y de aspectos distintos del problema social de orden moral, urbano, industrial, artístico, químico, fisiológico y sexual, partiendo, claro está, de nuestros conocimientos actuales y de las posibilidades técnicas y científicas que habrá podido realizar la humanidad dentro de doscientos años.

Los aspectos de esta profecía que más nos interesan son los que se refieren al problema de la producción, del consumo y de la sexualidad.

Apoyándose en la concepción energética del universo y en el estado impondrable de la energía, Haldane predice una tal serie de transformaciones mecánicas, en los métodos de la producción, que el futuro problema de la alimentación estará bastante asegurado para todos.

Alimentos tan indispensables a la nutrición como el azúcar y el almidón, serán más baratos que el serrín. Substancias como el vino, el café y algunos alcaloides se emplearán en sentido sumamente benéfico, asegurando que muchas sustancias alimenticias, incluso las proteínas, se obtendrán por procedimientos químicos.

Pero lo que más revolucionará la producción será cierto micro-organismo, e porphyrococcus, según lo llama, fijador del nitrógeno, que impide el desarrollo de las plantas, obteniéndose de este modo cosechas asombrosas de trigo que abaratarán enormemente la vida. La plétora de alimentos tomará su máxima culminación cuando una especie llamada "Z" del porphyrococcus invada los mares y provoque un incremento incalculable de especies marinas comestibles y al alcance de todos. Menciona también Haldane el caso del profesor alemán: Embden quien durante la pasada guerra descubrió que una dosis pequeña de fosfato ácido de sodio, ingerida por un hombre aumentaba su capacidad de trabajo muscular en un veinte por ciento mayor que la acostumbrada.

Todos estos detalles dan una idea pequeña de los progresos que puede alcanzar la biología que es la ciencia humana del porvenir. Esto confirma también aquella predicción conocida de Berthelov quien dijo que la humanidad del porvenir se alimentará por síntesis química.

El antagonismo existente entre la ciudad y el campo está destinado a desaparecer, según Haldane, porque dice que la agricultura será innecesaria, es decir, un artículo de lujo. La humanidad camina hacia su urbanización, hacia la ciudad campo. Y en contra de lo que hoy se cree la industria se hallará completamente descentralizada por la facilidad con que se transportarán los acumuladores energéticos que transformarán en fuerza mecánica la energía en estado de condensación.

Pensando en estas proyecciones científicas no podemos menos de preguntarnos qué valor de porvenir pueden tener todas esas discusiones y toda esa literatura constructiva del mañana a base de producción sindicalista o industrialista tomando por punto de partida los métodos y sistemas de trabajo de nuestra técnica actual. Las reflexiones que nos sugiere este problema nos inclinan, una vez más, a pronunciarnos por una preferencia moral de las cuestiones sociales porque en ella caben perfectamente las soluciones económicas del porvenir que nos ofrece el progreso de las ciencias.

Quiere esto decir que los anarquistas deben abandonar sus luchas y dejar que

la ciencia opere el milagro de la transformación? De ningún modo.

En la forma que está hoy organizada la sociedad los beneficios y conquistas de la ciencia son retenidos y gozados preferentemente por los burgueses. Cuando dichos beneficios constituyen materia de explotación entonces recién los capitalistas los hacen asequibles al pueblo mediante estipendio. Es así como hoy gozamos de una buena parte del progreso científico de los tiempos nuevos como ser la luz eléctrica, el teléfono, la higiene, los medios de transporte, etc. Pero, si estos elementos de progreso pudieran ser puestos en común se disfrutaría de ellos justa y adecuadamente.

Por esto habrá siempre necesidad de luchar contra la injusticia que entraña el monopolio o el acaparamiento de las creaciones científicas. Y siempre habrá que luchar, para arrancar a los monopolizadores del presente o del futuro, el patrimonio económico o científico que retengan injustamente en su poder.

El que mañana las condiciones científicas de la humanidad sean tales que hagan casi innecesario el trabajo muscular no quiere decir que se debe dejar librado al porvenir la solución de nuestros problemas. Las luchas del anarquismo contra las injusticias del régimen burgués están así doblemente justificadas. Y maravilla como todos los avances de las ciencias sociales tienden a libertar al hombre, moral y económicamente, como siempre lo pregaron los anarquistas.

Ante estas perspectivas de felicidad y de triunfo cuán insignificantes resultan las críticas hechas al anarquismo por nuestros detractores, por los partidarios de la omnipotencia del Estado, del capitalismo, del proletariado o de cualquier otra clase social!

Refiriéndose al problema social dice también Haldane que la embriología está destinada a cambiar por completo los sistemas de reproducción. Dice que ésta se obtendrá por medios artificiales. Consistirá en aislar los ovulios de la mujer en medios adecuados y fecundarlos artificialmente con el esperma de hombres seleccionados. Como la selección de tipos se hará entre los mejores se obtendrá así una regeneración orgánica de la humanidad. Esto no impedirá, dice, la reproducción por vías naturales entre aquellas personas que lo deseen. Pero la mayor parte de las reproducciones se obtendrán por ectogénesis que es el nombre dado por su autor al nuevo sistema de reproducción. Al obtenerse ésta sin necesidad del acto sexual traerá una modificación sensible de la familia. Y aquí también debemos notar cuánta analogía hay en las concepciones consiguientes, que se desprenden de las teorías biogénicas de Haldane, y lo que los anarquistas dijeron siempre del matrimonio.

Por más reservas que oponamos a las profecías del profesor de Cambridge nos será obligado convenir que sólo por esta vía se entrevé una verdadera liberación del hombre y de la mujer.

Nuestras aspiraciones, pues, cada día hallan nuevos motivos de justificación. No es la ciencia nuestra enemiga sino nuestra aliada invisible: Ella trabaja, por su lado, por la liberación de la humanidad tal y como anhelan nuestros deseos.

Lo que importa, pues, es posesionarse moralmente de sus posibilidades y acelerar el progreso mental de la masa popular.

OSUGI Recuerdos de su permanencia en Francia

En su número del 6 de mayo, en el diario-burgués "Eclair" de París, se leía en primera página este informe:

"DESPUÉS DE LOS INCIDENTES DEL 1° DE MAYO—EN TONG SHENG TANG—OSUGI SAKAY.

El anarquista japonés detenido el 1° de mayo el Saint Denis uno de los grandes jefes de los partidos revolucionarios nipones.

No se tiene duda alguna de que el anarquista japonés, el compañero Osugi Sakay, detenido el 1° de mayo en Saint Denis por escándalo en la vía pública—y traje a los agentes de la autoridad es uno de los grandes jefes de los partidos revolucionarios nipones. Pero ved cómo un japonés, aunque sea anarquista, se cuida del buen renombre de su país en el extranjero: éste, para obrar más a sus anchas en St. Denis, tomó el nombre chino de Tong Sheng Tang. Es por lo demás con ese nombre que acaba de pasar algunos meses en Shanghai, en territorio de la concesión francesa, lugar de cita de todos los revolucionarios asiáticos.

Osugi es hijo de un comandante de infantería. Su espíritu de independencia se manifestó el día en que, contrariamente a la voluntad de su padre, no quiso volver al colegio de los cadetes. Había aprendido rudimentos de francés, completó sus conocimientos en la escuela de lenguas extranjeras. Para un revolucionario japonés es una originalidad saber francés. Lejos de contentarse, Osugi expresó el sentimiento de no haber aprendido más bien el ruso o el alemán, "idiomas de la revolución social". En la víspera de la guerra contra Rusia se afilió al primer partido socialista, pero fué para combatir a su jefe, el ciudadano Katayama, que al regresar del congreso internacional de Amsterdam, se afirmó legalitario.

Osugi tradujo del inglés a Kropotkin, escribía en el *Diario del pueblo*, órgano de los extremistas; se le vio en todas las huelgas. Se dedicaba sobre todo a excitar al proletariado contra el ejército, a predicar la revuelta a los soldados; hizo a Gustav Hervé popular en el Japón: el retrato del director de *La Guerre Social* adornó la cabecera de todos los manifiestos destinados a los conscriptos nipones.

Cuando los libertarios japoneses intentaron poner en ejecución, el 23 de junio de 1910 el programa llamado Oakland—"Derribaremos al emperador, representante de la clase capitalista, sin vacilar en los medios"—Osugi no fué inquietado. Durante el largo período de depresión que siguió, los revolucionarios y hasta los reformistas sociales desaparecieron de sus medios familiares, partieron para el extranjero; otros renunciaron a la ambición de desempeñar un papel y volvieron a las filas; algunos se dedicaron al periodismo "burgués" o se encerraron en las Universidades como en asilos inviolables...

Cuando hacia fines de la guerra europea se formularon nuevas ideas democráticas y sociales, cuando la juventud universitaria sufrió la atracción del bolchevismo y todo el viejo batallón revolucionario salió de su silencio de diez años, el libertario Osugi publicó un periódico, el

Los problemas económicos del mañana que tantos camaradas se preocupan de presentarnos en la hora presente ya qué condición quedarían reducidos si se realizara, sólo en un cincuenta por ciento, la profecía científica de J. B. S. Haldane?

Emmanuel Ardo

Movimiento de los trabajadores, y propagó la formación de una Unión Socialista, que se constituyó en diciembre de 1920. Era esa una unión sin unidad de miras. El problema del sufragio universal produjo desde el primer momento divergencias. La Sociedad fraternal, fortalecida por la adhesión de la mayoría de los sindicatos obreros, se pronunció por los métodos parlamentarios. Pero los dirigentes de esa sociedad eran "burgueses". Y la unión socialista, después de haberse dividido a propósito del sufragio universal, se encontró frente a una lucha de las manuales contra los intelectuales. Fué en ocasión de la huelga de las minas de cobre de Oshio que estalló ese conflicto, a principios de 1921.

Siguiendo su táctica, la Sociedad fraternal se había propuesto la dirección del movimiento. Pero estaba ya en Oshio el jefe libertario Osugi. La Sociedad fraternal había hecho admitir a los huelguistas la necesidad de entablar negociaciones con los directores de las minas; Osugi denunció todo compromiso, amonó a sus partidarios, provocó perturbaciones y volvió a Tokio para exigir la expulsión de la Unión socialista de los graduados de las Universidades que traficaban con la causa obrera. Esa violenta resolución causó una gran conmoción en las filas socialistas. El jefe de la Sociedad fraternal, Suzuki, despreció los ataques de los anarquistas. "Un bravo que lucha contra la policía es menos meritorio que el buen camarada que, modesta, pacíficamente, trabaja para poner en pie un nuevo sindicato". Esa fué su última palabra.

El extremista Osugi no tuvo que felicitarse de haber promovido esa cuestión. Ante las consecuencias imprevistas de su acto, se calló. Entonces un cierto número de sus partidarios le reprocharon su calma, le acusaron a su vez de moderantismo, y finalmente se apartaron de él para formar la sociedad de los *Hombres nuevos*, bajo la dirección de un obrero llamado Yoshida, en relaciones, se dice, con Moscú.

En 1921 y 1922 las ideas bolchevistas dominan. La Sociedad fraternal se transforma en Confederación del Trabajo; su jefe, el reformista Suzuki, es obligado a obedecer a los violentos. Las manifestaciones del comunismo italiano inspiran las grandes huelgas de Kobe y de Osaka. El libertario Osugi, el discípulo de Kropotkin, no se considera fuera de la actualidad; vuelve a encontrar todo su prestigio. Con él, los anarquistas prevalecen contra los comunistas. Pero he aquí que una opinión más y más fuerte, se opone a las propagandas antinacionales. Esa reacción es dirigida por la juventud intelectual impresionada por la victoria del fascismo contra el socialismo bolchevicense, cuyos éxitos en Italia animaron e instruyeron a los grupos comunistas japoneses. Hacer un "fascio" para unificar el pensamiento nacional, es el fin del movimiento que se siente venir contra el socialismo revolucionario y el anarquismo.

Uno de los amigos de Osugi me decía el año último en Tokio:

"Es ya tiempo de anudar relaciones constantes con los revolucionarios europeos. Nuestra adhesión a la III Internacional no es más que platómica, hay que hacerla efectiva".

El día en que Osugi aminoraba a los obreros de St. Denis hubo en Tokio colisiones sangrientas: por primera vez los revolucionarios chocaron con los partidarios del orden establecido. "Para preservar a la nación del bolchevismo", éste es el nombre que se ha dado una sociedad particularmente activa que hizo oír violentas protestas cuando el alcalde de Tokio, Vizonde Goto, en febrero último, invitó a Joffe, delegado de los soviets, a ir al Japón."—Albert Maybon

Recuerdos de un camarada francés

Osugi, su compañera y su sobrinito han sido estrangulados en el Japón por las

propias manos del comandante de la gendarmería imperial.

Osuigi. Recuerdo su primera visita a *Le Libertaire* en los últimos días de abril. Vino a París para estudiar el movimiento obrero, en espera del congreso anarquista internacional en el cual debía participar como delegado de los compañeros japoneses.

Una figura pequeña, con ojos que lucían inteligencia aguda y el esplendor del buen humor de una boca joven.

Yo no conocía todavía nada de su vida. Ignoraba su obra, su talento, su actividad fecunda de militante. Pero sentía al acercarse esa satisfacción y ese vigor que sólo dan la compañía de individualidades creadoras.

Y algunos días más tarde, cuando me remitió dos de sus obras y supe el pensador y hombre de acción que era Osuigi, no me sorprendí.

Uno de esos libros contenía un retrato de un muchacho en un jardín. Era su sobrino, ese niño que un oficial del Mikado se vanagloria de haber estrangulado.

El último 1º de mayo. Debo tomar la palabra en Saint Denis, en el mitin que se celebra en el salón de la Legión de Honor.

Osuigi acudió a ese lugar. Después de haber hablado yo, hace uso él de la palabra. Quiere decir a los trabajadores franceses que allá, a millares y millares de kilómetros, hombres, mujeres y niños sufren como aquí la explotación y la autoridad. "Allí, en el Extremo Oriente, niños, los explotados se organizan para la liberación, luchan para la emancipación integral. De un fin al otro del mundo se despierta la conciencia revolucionaria. Tengamos valor."

A la salida yo fui detenido, y en el puesto de policía me encuentro con Osuigi detenido también. Es la última vez que le vi. Parecía llevar en su rostro como un Presentimiento, la angustia de la espantosa tragedia que iba a comenzar para él a partir de ese día...

Cuando el comisario revisó mis papeles, me dejó en libertad. Pero Osuigi quedaba adentro. Se rehusaba por lo demás muy tímidamente a decir su nombre y a declarar su domicilio. Se le encerró, pues, diciendo que era únicamente para verificar su identidad.

Yo insistí para que se le dejase libre, pero fue en vano y salió.

En la calle me encontré con la multitud de proletarios que, inquietos por nuestra ausencia, se preparaban a ir en manifestación ante el comisariado.

Cuando los camaradas conocieron el mantenimiento del arresto del compañero japonés y sobre todo cuando supieron el fracaso de las negociaciones intentadas por los consejeros municipales comunistas, no pudieron contenerse. Por centenares los obreros se precipitaron para liberar a Osuigi. Fue una ruda lucha. Pero triunfó la ley.

Osuigi fue inculcado de ultraje a los agentes, de escándalo en la vía pública y de tentativa de rebelión.

Algunas semanas más tarde, después de haber sido condenado a más y medio de prisión, Osuigi, expulsado de Francia, tomó el barco para el Japón.

Allá el fascismo nipón esperaba su presa.

Los revolucionarios de Saint Denis han hecho todo lo posible para evitar a su gran camarada japonés la espantosa suerte que le esperaba.

Pero los espías que lo denunciaron, los agentes que lo detuvieron, el comisario de policía que se rehusó a dejarlo en libertad, el juez de instrucción que lo inculcó, los magistrados que lo condenaron y sobre todo el ministro que ha firmado la sentencia de expulsión, Mannoury, si sobre todo éste, tienen la responsabilidad de ese triple asesinato, de esa insoportable manzana que hizo extinguir, con ese faro de la anarquía y la ardiente llama hermana que era su compañera, los ojos de ruego de un niño.

En los días de próximas luchas, Osuigi, los trabajadores te recordarán.

ANDRES COLOMER

Iniciadores del movimiento anarquista en Alemania

(Conclusión)

Es probable que no se me quisiera permitir la residencia en ningún lugar por largo tiempo, y que se hace todo lo posible de prevenir para que no encuentre trabajo. No me queda otra salida que volver al extranjero, y si tuviese los medios necesarios iría por el momento a América. — Existe ahora entre los obreros alemanes un espíritu miserable y puedo asegurarte que la gran masa no se preocupa casi nada de los socialistas, sean de cualquier tendencia que sean y tampoco — la consecuencia de la ley contra los socialistas — oye casi nada de ellos. Así ha pasado casi sin rastro el proceso de alta traición (se refiere aquí al proceso contra Dave y compañeros) sobre las masas y los pobres están en presidio sin que ese martirio beneficie en lo más mínimo a la causa. No se hallan los rastros de una agitación cualquiera y estoy convencido que las reuniones sólo existen en la imaginación de la policía y de los socialdemócratas faroleros; lo mismo pasa con la distribución de volantes y manifiestos. Puede ser que acontezca algo semejante en pueblos aislados, pero queda sin efecto. Sólo una cosa puede ayudarnos — pero este medio radical no puede aplicarse en Alemania y yo sé que tú sabes tan bien como yo por qué callo. Tengo sólo el propósito ahora de mejorar pecuniariamente todo lo posible la situación y de ganar algo, donde sea posible; pues no puedes hablar honestamente de la causa si no tienes nada, porque los trabajadores te señalan como un mendigo y como un vividor. En Alemania no se puede ejecutar nada con agitación oral, y para lo demás se necesita el dinero. — Quiero participarte aquí que fui condenado a más de tres años en Freiburg, Suiza, por contumacia, sin motivo alguno y naturalmente sólo por venganza, a causa de delitos contra la moralidad. Pero esto pareció a los tribunales algo rápido y aventurado, de manera que se ordenó una nueva investigación y el tribunal de Múnich no promovió acusación alguna, sino que resolvió el 30 de marzo retirar la causa y ponerme fuera de persecución; pues el único testigo de cargo era completamente increíble. Piensa en esos infames republicanos y piensa que me debieron salvar los tribunales alemanes ante esos bandidos... No he oído nada de nuestras cosas desde hace siete meses, ni leí tampoco la *Freiheit*; pues de todas partes se me abandonó. Cuando salí de la prisión no tenía un penique y me dirigí a diversos conocidos pero de la mayoría no recibí contestación alguna. Sólo cuando escribí finalmente a ... y ... me enviaron éstos algo para el viaje. Me guardé mucho antes de creer a alguno algo; todos los charlatanes, los que no me convencen con hechos, me son odiosos.

Poco después volvió a ser arrestado Reinsdorf y justamente por supuesta participación en un robo de dinamita. Pero puesto que no se les pudo probar nada y toda la inculpación se basaba abiertamente en una falsa suposición, fue dejado pronto en libertad. Sin embargo, su permanencia en Alemania no fue larga, pues la policía le desahució todo ensayo de tocar en alguna parte tierra firme. Así se dirigió a pie hasta Nancy, a donde llegó con los zapatos rotos y sin un penique en el bolsillo. Tenía la intención primero de llegar directamente a París, pero la necesidad lo obligó a trabajar en Nancy para procurarse allí los medios necesarios para proseguir el viaje. A su tránsito por Alemania entró en contacto con varios buenos camaradas, cuya actitud le inspiró nuevas esperanzas. Su plan de emigrar a América, lo había desechado nuevamente, pues el pensamiento de realizar en Alemania un hecho que comoviese todo el país, no le dejó más tiempo en paz.

Por lo demás ya no vale la pena esforzarse por mí, escribí el 23 de agosto de 1882 desde Nancy al mismo amigo en New York — pues la enferme-

dad de los tipógrafos me abrirá pronto el camino de Eisenhauer, y no quisiera morir como este pobre y bravo compañero. Venganza por todas las villanías, una venganza profunda, monstruosa, una venganza que espante y aterrice a la burguesía y a sus criados es la que quisiera, aunque debiera ser desmenudado en ella. Por tanto, amigo mío, cuando vea que todo es inútil, que en Alemania y con los alemanes no hay nada que hacer, que tampoco se puede pensar en Francia tan pronto en el estallido de la revolución y tal vez cuando no pueda residir más en Francia, entonces te escribiré para que me envíes un pasaje, pues yo sólo no reuniría el dinero para el viaje. Pero antes, no. Por lo demás tengo la esperanza, amigo mío, de un modo o de otro, de volver a ver, pues espero que subirás al barco a las primeras llamadas y vendrás a participar en la última lucha libertadora. Ahorremos hasta entonces todas nuestras fuerzas físicas, para vivir ese día; — a mí no me dejará hundirme en la miseria espiritual y corporal el sentimiento de la esperanza en la recompensa y el entusiasmo por la liberación de todos los seres humanos".

RUDOLF ROCKER

Páginas de la historia del anarquismo

Reseña de la historia del movimiento anarquista en E. Unidos hasta 1900

(Informe presentado al congreso anarquista internacional de París, 1900)

(Continuación)

Los principales propagandistas del país y del extranjero han ido de tanto en tanto allí a dar conferencias y mítines. Hay más de 500 subscriptores a las diversas publicaciones anarquistas que no constituyen parte de ningún grupo, lo que demuestra cómo han hecho prosélitos nuestras ideas. John Most, en su última gira, ha dado nueve conferencias en la Pennsylvania occidental; Emma Goldman, el año último, habló catorce veces en Pittsburg y James F. Morton, hoy redactor de *Free Society* en San Francisco (California), ha dado allí muchas conferencias. De 1878 a 1880, fué publicado en esa ciudad un periódico alemán, *Der Pittsburger Arbeiter-Zeitung*, pero no era exclusivamente anarquista. En todas partes en que predomina el anarquismo revolucionario, los grupos son absolutamente autónomos, y nunca trataron de reemplazar la acción libre y voluntaria por una forma cualquiera de autoritarismo. Philadelphia, en el Estado de Pensilvania es una de las ciudades más importantes del continente americano. Antes del asunto de Haymarket en Chicago no había en esa ciudad más que algunos fieles de John Most entre los alemanes y algunos discípulos de Bakunin entre los rusos, pero no había movimiento bien organizado. Lucy Parsons visitó la ciudad mientras estaban en prisión los mártires de Chicago, esperando su condena, y habló desde la tribuna de la "Friendship Liberal League", una sociedad creada para defender la libertad de palabra. Había en esa época en la prisión varios discípulos de Tucker, de Josiah Warren y de Stephen Pearl Andrews, los leaders de la escuela individualista; pero la comedia judicial de Chicago, seguida del asesinato de nuestros camaradas, modificó el curso de las ideas y convirtió numerosas personas al comunismo. Sin embargo, los que se ocuparon en Philadelphia de la propaganda anarquista han sido en su mayoría "intelectuales", estudiantes y gentes de profesiones liberales, lo que hizo que se discutiera allí el aspecto moral y filosófico del anarquismo más que su aspecto económico. El primer atentado contra la libertad de palabra, a propósito de una conferencia anarquista, tuvo lugar en noviembre de 1889, cuando Hugo O. Pentecost, que más tarde se hizo un re-

Unos meses más tarde llegó a París, donde vivió hasta 1883 — en condiciones muy penosas. Durante su permanencia allí escribió con frecuencia para la *Freiheit* y mantuvo especialmente la comunicación por escrito con los compañeros de Alemania. Pero tampoco residió Reinsdorf mucho en París. La desocupación, y ante todo el impulso ardiente de realizar algo en Alemania, no lo dejaban en paz.

Estos primeros iniciadores del movimiento anarquista en Alemania formaron por decirlo así la levadura en el movimiento social revolucionario provocado por Most y sus amigos. A sus esfuerzos hay principalmente que agradecer el que ese movimiento asumiera en proporcionalmente poco tiempo un carácter anarquista. Desde el punto de vista teórico habían superado mucho a Most, pues tenían tras sí una larga evolución y recibieron sus ideas, por decirlo así, en la fuente. Pues el Jura suizo fué en cierto modo el punto de partida del anarquismo moderno, que se extendió desde allí más y más por todos los países de Europa. El Jura fué el campo de acción de hombres como Bakunin, Guillaume, Caffero, Malatesta, Kröpotkin, Reclus y muchos otros, cuyos nombres quedarán inolvidados en la historia del socialismo libertario. Y desde allí vinieron también las primeras incitaciones que debían abrir la ruta en una pequeña minoría de trabajadores alemanes para el ideal del comunismo y de la anarquía.

negado, fué invitado a dar una conferencia en conmemoración del martirio de los camaradas de Chicago. La policía hizo cerrar la sala e impidió el mitin. Pentecost, adepto de la doctrina tolstoianna de la no-resistencia, no protestó contra esa prohibición y volvió a New York. En tanto se había apoderado un gran fervor anarquista de los judíos rusos de esa ciudad y lograron hacer penetrar las ideas del comunismo libertario en las organizaciones cooperativas de que eran miembros activos y abnegados. Durante la huelga de los sastres el entusiasmo tomó proporciones considerables y tres de los jóvenes más ardientes, los camaradas Staller, J. Prenner, y S. H. Gerden, fueron detenidos por haber pronunciado discursos calificativos de "sediciosos" en varias reuniones públicas. Eso no era más que un pretexto: el arresto había tenido lugar en realidad a instigación de los patronos, que no veían otro medio de dominar a los huelguistas. Hacia la misma época se hicieron esfuerzos para obtener la adhesión a las ideas anarquistas de los americanos de la ciudad y se comprometió especialmente con este fin, como orador, T. H. Garside, que hasta allí había sido miembro del partido socialista obrero de los Estados Unidos. Garside, un propagandista de una asombrosa habilidad oratoria, y de una instrucción poco común, hizo una gira por los Estados del Este y del Centro, fué hasta St. Luis, en el Estado de Missouri, esperando por doquier la palabra anarquista. Durante nueve meses continuó dando conferencias públicas y contradictorias en la mayor sala de Philadelphia, sala alquilada y sostenida a expensas de los camaradas judíos; pero a despecho de todos los esfuerzos no logró sino mediocremente atraer a sus reuniones a los americanos propiamente dichos. Es también hacia esa época que se creó una biblioteca revolucionaria, que estuvo bien pronto provista de las principales obras de economía social.

Todo esto pasaba durante el invierno de 1889 a 1890. En varias ocasiones las autoridades de Philadelphia trataron, suprimiendo la libertad de tribuna, de poner un freno al desenvolvimiento rápido de las ideas libertarias.

En estos últimos años, el movimiento anarquista se ha debilitado grandemente en Philadelphia; la principal cuestión que quedó allí a la orden del día es la

de las relaciones de ambos sexos entre sí. Sin embargo, los camaradas extranjeros que habitaron allí más o menos tiempo están unánimes en alabar la inteligencia y el espíritu de solidaridad de los amigos de la libertad. Entre aquellos cuyos esfuerzos animosos e incansables han contribuido a hacer penetrar nuestras ideas en los espíritus, debemos notar a Dyer D. Lum, T. H. Garside, F. Morton, C. Mowbray, Emma Goldman y Voltairine de Cleyre, así como un número bastante grande de discípulos de la escuela de Tucker. Entré los "single-taxers" (Henry George) de Philadelphia, hubo también gran número de personas que tenían tendencias anarquistas y que declararon abiertamente que no harían ninguna propaganda en favor del "single-tax" si no estuvieran convencidas de que el triunfo de sus ideas particulares debía llevar a la anarquía. Son también los camaradas de Philadelphia los que en 1897 tomaron en sus manos la causa de los mártires españoles; hicieron imprimir diez mil ejemplares con cartas de los prisioneros del Montjuich, publicaron numerosos carteles denunciando a la "moderna inquisición" y llevaron el manifiesto de Suñer hasta la casa del cónsul de España, e interesaron en la causa de nuestros camaradas españoles a los senadores y a los representantes del país.

Los grandes distritos mineros del Estado de Pensylvania han recibido también en varias ocasiones la visita de nuestros propagandistas, que fueron siempre bien acogidos por los trabajadores de esas regiones. Millares de hojas volantes y de folletos han sido distribuidos entre ellos. Nuestro camarada mártir, Alberto Parsons, ha hecho varias giras de propaganda, de 1883 a 1886, y los relatos de sus viajes atrajeron la atención cuando fueron publicados en *Alarm* de que era en esa época el redactor en jefe.

Llegamos por fin a esa región inmensa que se encuentra entre las montañas de Allegheny al Este y las montañas Rocosas al Oeste y que hemos designado en esta breve exposición bajo el nombre de distrito Central. Encontramos aquí varias grandes ciudades y numerosas ciudades más o menos importantes en donde las ideas anarquistas han echado igualmente raíces. Cincinnati y Cleveland en el Estado de Ohio han sido las primeras ciudades del centro en que penetraron los principios libertarios y donde han sido fundados grupos importantes de la Internacional. Cincinnati en particular ha sido durante varios años como una especie de refugio cálido para el desenvolvimiento y la propaganda de nuestras doctrinas. Parsons, Spies y otros camaradas visitaron frecuentemente el país y se recuerda aún que la víspera del famoso mitin de Haymarket en Chicago, Parsons acababa de dejar justamente a Cincinnati, donde había dado una serie de brillantes conferencias. El espíritu revolucionario era muy ardoroso en Cincinnati, y los miembros de los diversos grupos luchaban allí en esa época por la defensa del derecho constitucional de llevar armas. Se celebraban mítines públicos todas las semanas donde se distribuían cantidades inmensas de literatura libertaria. Frank More, de la Unión de los zapateros, era uno de los más activos propagandistas de esa época y se puede decir que es sobre todo gracias a su actividad, a su inteligencia y a su energía y buen sentido que llegó el movimiento a tan grandes proporciones en Cincinnati. En la parte oriental del Estado de Ohio hay distritos mineros inmensos en que millares de trabajadores que residen allí tienen que sostener luchas gigantescas contra sus explotadores, luchas que nuestros amigos de Chicago y otras ciudades han aprovechado para difundir por todas partes las ideas anarquistas.

Tierra Alta y Logansport, en el Estado de Indiana, ciudades de menor importancia, han tenido igualmente grupos de la Internacional, antes y después de la tragedia de Chicago, grupos que comprenden numerosos camaradas activos en nuestra causa. En South Bend, en el Estado de Indiana, donde se encuentran las grandes fábricas de Studebaker, hermanos constructores de wagones, coches, etc., fué organizado un grupo en 1884 y en esa ciudad Alberto Parsons, se recuerda bien, celebró mítines grandiosos llevando la idea revolucionaria a los miserables esclavos de esos riquísimos explotadores.

En el Estado de Michigan, Detroit es

casi la única ciudad en que nuestros principios hayan sido aceptados y propagados, aunque el camarada August Spies y otros hayan hecho frecuentemente giras de propaganda en la región. Es en Detroit donde se publicó durante varios años ese admirable periódico de filosofía social, *Der Arbeiter-Trauer*, que tuvo por redactor en jefe a Roberto Reitzel, muerto el 31 de marzo de 1898. Reitzel tenía una inteligencia viva y libre, un espíritu ampliamente abierto a todas las ideas generosas y su influencia sobre el desenvolvimiento y la propagación de las doctrinas anarquistas han sido muy grandes. Su periódico, redactado después de su muerte por su viuda y algunos amigos, acaba de desaparecer hace algunas semanas. Uno de los anarquistas individualistas más conocidos en Estados Unidos, Joseph A. Labadie, habitó también en Detroit durante largos años y ejerció una influencia saludable sobre las ideas de la población.

El movimiento anarquista en Milwaukee, en el Estado de Wisconsin, ha sido siempre floreciente gracias a algunos de nuestros más energéticos camaradas revolucionarios que habían elegido su domicilio en esa ciudad. Milwaukee ha sido a menudo el teatro de graves conflictos entre los trabajadores y las autoridades o los patrones, conflictos de los que nuestros camaradas supieron siempre sacar provecho en beneficio de la propaganda.

St. Luis, en el Estado de Missouri, es desde hace un cierto número de años, no sólo la residencia habitual de algunos de nuestros camaradas más inteligentes y más activos, sino también uno de los centros principales en que la lucha entre capitalistas y obreros ha sido más ardiente. Es lamentable que los amigos de St. Luis no me hayan dado un informe detallado sobre su movimiento, porque me es imposible presentar al congreso una idea un poco aproximada de lo que pasa en la activa ciudad del Estado de Missouri. Varios grupos conocidos bajo denominaciones diversas y cuyos miembros son en su mayoría anarquistas de lengua alemana, han realizado, desde 1887 hasta hoy, buena labor anarquista, gracias al concurso de los camaradas Most, John Turner, Voltairine de Cleyre, Emma Goldman, James Morton y de varios otros.

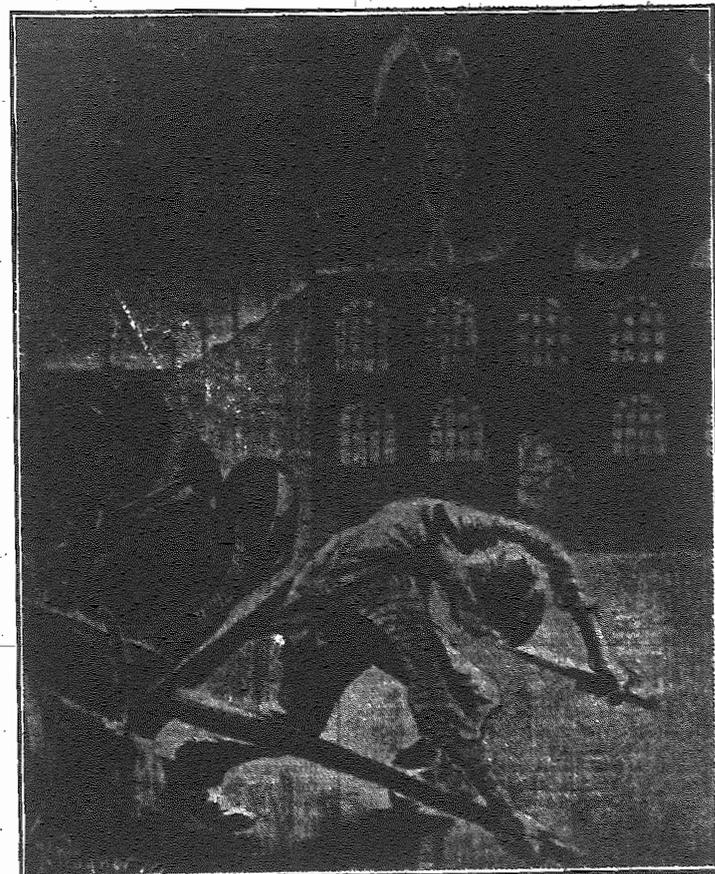
En el Estado de Illinois se encuentra la gran ciudad de Chicago, considerada en toda época como el cuartel general de la anarquía, el centro más poderoso de la agitación revolucionaria en los Estados Unidos. Sería preciso un volumen entero para relatar los acontecimientos notables en los cuales los anarquistas o los revolucionarios han desempeñado un papel preponderante; en esta corta e incompleta exposición, no puedo ni pensar en indicarlos todos, ni con más razón caracterizar su alcance. Como dije al principio de este informe, desde 1880 los socialistas de Chicago habían perdido su confianza en la eficacia de los métodos electorales para obtener algunas reformas, y el modo escandaloso con que fué privado Frank Stauber de su asiento en el Concejo de la ciudad puso el sello a su descontento. Desde ese momento, la mayor parte de los socialistas estuvieron dispuestos a abandonar las ideas que habían tenido curso hasta allí entre ellos, para aceptar en lo sucesivo las teorías revolucionarias que acababan de ser puestas a la orden del día por el célebre manifiesto de Pittsburg. Ya antes de la celebración del congreso en que se elaboró ese manifiesto, los espíritus estaban imbuídos de tendencias anarquistas. El periódico *Arbeiter-Zeitung*, que, bajo la dirección de Paul Grottkau, había sido un órgano exclusivamente socialdemócrata, acababa de cambiar de director: August Spies sucedió a Grottkau y dió al periódico una dirección nueva y mucho más revolucionaria. El 22 de marzo de 1879 fué organizado un mitin monstruo en las construcciones de la antigua Exposición universal. Ese mitin inmenso, que reunió de treinta a cuarenta mil personas, duró toda la jornada y una buena parte de la noche. Se recogió allí la suma de treinta mil francos que sirvieron para transformar el *Arbeiter-Zeitung*, de periódico trisemanal, en un órgano cotidiano. El congreso de Pittsburg fué seguido inmediatamente en Chicago por la formación de varios grupos de la Internacional y por la creación del periódico de tor en jefe Albert Parsons. Este órgano fué publicado sin interrupción hasta el

4 de mayo de 1886, y ejerció una influencia extraordinaria en todas partes donde penetraba, y penetró efectivamente en todos los centros industriales del país. Durante las numerosas giras de propaganda de su redactor en jefe, giras que se prolongaban a veces durante varias semanas, el periódico era dirigido por su corredactor, la camarada Lizzie Schwanz, que más tarde devino Lizzie H. Holmes, la mujer de William Holmes, el autor del presente informe. Los grupos de Chicago, en número de ocho o diez, desplegaron una actividad incansable y tuvieron en esa época cerca de dos mil miembros. El famoso grupo americano, del cual casi todos los miembros pertenecían a la raza anglo-sajona y en el que se encontraban también algunas mujeres de una actividad y de una inteligencia notables, fué organizado algunas semanas después del congreso de Pittsburg.

Puede parecer singular el citar aquí y poner en cierto modo aparte algunos nombres, entresacados de la masa de ese grupo especialmente brillante, pero no se podría olvidar que a ese grupo han pertenecido cinco de nuestros mártires, principalmente Albert Parsons, August Spies, Adolph Fischer, Samuel Fielden y Oscar Neebe, y algunos otros cuyos nombres son hoy conocidos por su participación en los acontecimientos trágicos de 1886-1887, entre ellos citaré a William y Lizzie Holmes, Lucy E. Parsons, William Synder, H. Thomas Brown, William Paterson, Dr. James D. Taylor, Sarah E. Amas y M. D. Malkoff. En junio de 1884, William Holmes se hizo inscribir en ese grupo, del cual se le hizo secretario poco después, y Samuel Fielden ejerció las funciones de tesorero. Hacia esa época, el grupo americano contaba proximately 140 miembros regularmente inscriptos; todos los miércoles organizaba un mitin público en sus locales. Bien pronto organizó igualmente una serie de mítines al aire libre, a los cuales acudían millares de personas deseadas de oír predicar la buena doctrina de la anarquía. Esos mítines tuvieron tanto éxito que se les continuó regularmente todos los domingos, hasta el día en que tuvo lugar el memorable asunto de Haymarket. En esas reuniones al aire libre fueron distribuidos millares de ejemplares de los periódicos revolucionarios, millares de volantes, de

circulares especiales, etc. El grupo americano organizó igualmente numerosos mítines en los diversos barrios de la ciudad; en una palabra, aprovechaba la menor circunstancia favorable, el menor pretexto para convocar reuniones. Para hacer agitación, propaganda, se había recurrido a los medios más extraordinarios. Se colocaban carteles enormes en los muros de la ciudad, desafiando a los ministros de la iglesia, a los redactores de periódicos, a los abogados más conocidos, a los hombres públicos más famosos a ir a discutir con los anarquistas. Una vez se hicieron imprimir veinticinco mil ejemplares del discurso de Victor Hugo a los ricos y a los pobres, que los camaradas distribuyeron gratis por todas partes. Se lanzaban a manos llenas millares y millares de manifiestos, dando por una parte el anuncio de diferentes mítines del grupo americano y por el otro una selección de pensamientos sacados de nuestros mejores escritores libertarios; se organizaban además enormes demostraciones y pic-nics monstruos; se daba velados teatrales, etc., para sostener los gastos que debía hacer la prensa revolucionaria. El 25 de noviembre de 1884 (día de las oraciones públicas) fué celebrado un gran mitin al aire libre al que se invitó especialmente a los pobres parias de los barrios más miserables de la ciudad, y a la salida del mitin, se formó con ellos una inmensa demostración que se extendía en una longitud de varios kilómetros. Esa columna enorme de andrajosos y de hambrientos atravesó los barrios ricos de la ciudad y se detuvo ante el hotel de Washburne, el ex ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Francia, que se había permitido calumniar vergozosamente a los intrépidos combatientes de la Comuna de París. La manifestación transcurrió grandiosa y pacífica después que Parsons, en un último discurso establecido elocuentemente el contraste insolente que existía entre la condición miserable de su auditorio y la opulencia de los millonarios de los cuales acababan de ver los espléndidos hoteles. Fué en esa memorable demostración que se desplegó por primera vez en las calles de Chicago la bandera negra de la miseria.

WILLIAM HOLMES—
Denver, Colorado, 5 de agosto de 1900.
(Continuará)



Leyes capitalistas de protección a la miseria